

Fallas López, Luis Alberto (2011) *Al acecho de lo puro. Introducción a una filosofía de lo singular en Platón*. Bogotá: San Pablo. 287pp.

---

Ser invitado a presentar el libro de Profesor Luis A. Fallas, un libro sobre Platón que trata sobre la filosofía y lo que esta significa para Platón, es tarea ardua, tanto por tratarse de la obra de Platón como por la visión platónica de Luis Fallas. La filosofía platónica, en su dialéctica, parece avanzar para luego deshacer lo hecho. Luis Fallas parece hacer lo mismo –pero con Platón-. En ese sentido, se entiende el platonismo de este libro. Y la tesis coincidiría también en que en la filosofía lo importante está en el camino. Aún así, importa también cómo se parte para hacer el recorrido, cuál es la disposición más conveniente para ello y que podemos adoptar, e incluso si podemos partir sin invitación. Esta invitación es casi como una invitación a ingresar a un templo cuyo acceso nos es desconocido, en el mismo sentido en que Nietzsche decía de Platón que “conocía las entradas prohibidas de todos los santuarios” (NF, 1879, 44[11]) –Platón, custodio de la verdad-. Por eso, empiezo con esta cita del Profesor Luis Fallas:

*¿Estarías acaso dispuesto (ἐθέλειν ὄν) a ir al banquete sin estar invitado? (Banquete 147a9-b1), pregunta Sócrates a Aristodemo al inicio del relato de aquella celebración, donde las más altas expresiones de la cultura ateniense se harían presentes, rindiendo tributo al poeta trágico Agatón, y donde todo parecía estar preparado para convertirse en la gran presentación de la Filosofía. Y el joven acepta correr el “peligro” κινδυνεύσῃω de enfrentar la osadía de llegar sin invitación y además sin cumplir con la dignidad de los comensales: φανύλος ὄν (147c7). (L.Fallas, 2011, 212).*

El libro de Luis Fallas nos invita a pensar otra vez a Platón. Dos temas pueden ser evocados en ese respecto, la invitación misma y la idea del acecho. Ambos temas son platónicos, son del Platón del *Simposio*. ¿Quién es invitado? ¿Quién es acechado?

La invitación a leer Platón es leer, tratar de leer, a Platón en aquello que lo convirtió en la tradición en un autor escurridizo, inasible, inaccesible, en el autor que lo dijo todo y todo lo contrario, casi en el mismo sentido en el que se expresaba Colli de Nietzsche. Aprovecho la invitación para releer Platón con Luis Fallas.

Sócrates llega a celebrar la victoria poética de Agatón, hijo predilecto de la ciudad pero también predilecto de Sócrates a los ojos de un Alcibiades celoso. La invitación radica en escuchar hablar y en hablar de ἔρωσ, tal vez el motivo, el *leitmotiv* por antonomasia, de la filosofía platónica y, por extensión, de la filosofía. El motivo incorpora la manera, porque ambos tienen que ver con el recorrido, en cómo se alcanza algo. Y en los momentos en que se alcanza algo, parece no ser suficiente. El ἔρωσ es en Platón primero, una falta –en el discurso de Aristófanes-, luego una ausencia –en el discurso de Diótima-. La filosofía funciona como el ἔρωσ, es ἔρωσ. Igualmente, cuando al salir de la caverna, el esclavo se libera y ve la verdad con sus propios ojos, no basta y debe entonces hacer el camino de regreso para liberar a los demás. Aún haber llegado a ver la verdad no basta –es una falta, una ausencia- y el camino no acaba. Aún haber ingresado al santuario no basta, y habrá que salir y volver a ingresar. Y además, el ascenso o la entrada son prohibidos, se requiere invitación o, al menos, preguntarse si se requiere invitación para no levantar cóleras.

Esta lectura supone, lo cual es un acierto, la discusión sobre la gradualidad del ser o de lo real en Platón. Esta gradualidad es la que introduce el tema del ascenso-descenso, ingreso-salida, y que implica un constante movimiento filosófico entre los extremos de la gradación (por ejemplo, εἶδος-ἐκόν. La gradación implica criterios de ingreso y de ahí que haya que estar en una cierta disposición o que se requiera una invitación. El camino se entiende como un recorrido casi místico (Fallas, 2011, 46), ascenso y descenso, o como un ejercicio dialéctico a la manera del *Parménides*.

Sin invitación, se está al acecho de quién y cómo entra. Se está en el umbral, que es la sensación que se tiene a veces con Platón y en este libro. A las puertas de lo inaccesible, eso que Luis Fallas llama *singular*, y que es con uno de los temas fundamentales de la filosofía platónica y de la filosofía en general, αὐτὸ καθ'αὐτό (v.g., *Symp.* 211b1-2, *Resp.* 476b, etc.). Este es el espacio de lo inaccesible, de lo ἴδιον. La lectura que hace Fallas debe ser ubicada entre lo inaccesible y lo accesible, entre lo ἴδιον y lo κοινόν entre lo privado y lo público, entre los de arriba y los de abajo. La gradación se muestra en la *scala amoris* del *Banquete*, en la línea epistemológica y en la alegoría de la caverna de la *República*, en la συναγωγή-διαύρεσις de los diálogos *Sofista* y *Político*...

En cierto sentido, el recorrido por Platón es a la vez el recorrido de Platón. Fallas sigue un cierto recorrido cronológico, con una visión global de la obra teniendo como eje la lectura del *Fedón* y, para facilitar las cosas, los capítulos suelen tener, respecto de los problemas discutidos, un somero estado de la cuestión —aunque respecto de tal, no parece el autor tomar partido claro y quedarse en el umbral del santuario y desde ahí acechar lo puro.

Ahora bien, la discusión sobre la gradualidad del ser, tiene dos respuestas con sus consecuentes problemas. Que el ser tenga grados significa que entre el no ser y el ser hay una serie de intermedios (sombras, reflejos, cosas, figuras matemáticas,...) en el medio. Negar la gradación implica apostar de manera parmenídea entre la nada y la idea. Aceptarla implica que los intermedios tienen algún grado de ser. Participan del ser en menor o

mayor medida. El ser en cuanto εἶδος, la forma, es lo puro, lo absoluto y lo simple, la mismidad, la identidad. El no ser no remite a los opuestos, aunque no pocas veces Platón da a entender que aquello por lo cual los intermedios son relativos, corruptos, complejos, incomprensibles, diferentes, se debe al no ser. Posición paradójica según la cual el ser y el no ser producen un mixto cuyo conocimiento no puede ser más que δόξα.

En este contexto, ha de ubicarse la investigación de Fallas. Lo singular o lo que podría ser concebido como singular-puro tiene una variedad de acepciones, de las cuales unas son esperables y otra menos. He dicho algunas a través de las cuales la investigación se moviliza: como lo idiota (ἴδιον) a veces entendido como particular, como lo restringido y en estos casos opuesto a universal, lo abierto, lo común; como lo simple, como lo absoluto (Fallas, 2011, 65), como lo puro.

La apuesta por lo singular tiene su peculiaridad, por cuanto algunas de estas atribuciones (universal, en especial) son las que definen tradicionalmente al εἶδος. El εἶδος como género. Esta manera de entender la forma crea dos campos; en el primero se puede ubicar la pureza, la simpleza, la mismidad, la absolutez de la forma; en el otro, la individualidad y la singularidad de la forma, entendidas aquí como el aislamiento o el alejamiento de la forma respecto de las cosas sensibles, y la universalidad y la comunidad, en cuanto la forma recubre a las cosas sensibles, les es común, etc. Este segundo campo parece derivar del primero en cuanto el aislamiento de la forma tiene que ver con la impureza, la multiplicidad, la complejidad, la relatividad, la diferencia de las cosas sensibles, a veces demasiado sucias y asquerosas que conducen a pensar si realmente tienen forma o merecen tenerla (*Parm.* 130c5-d5).

Si Fallas adopta la lectura donde lo singular (individual) corresponde a la forma y no a lo sensible, introduce desde cierto punto de vista una novedad, en cuanto esta lectura produce una distorsión en la lectura política platónica.

Nótese que negar la gradación conduce a introducir el problema del reconocimiento mismo del ámbito de lo político, la administración de lo sensible. Aceptarla, como sucede en la *República*, produce el reconocimiento y facilita dicha administración, pero cuando Platón expone su

epistemología en ese diálogo, es una epistemología hasta cierto punto limpia y clara y, para asombro de los filósofos, poco problemática. Tal vez porque ahí el problema es la *πόλις* los ciudadanos y sus géneros de vida, y no si se puede conocer, qué se conoce y cómo. Deja Platón para otros diálogos esos problemas. Aceptar la gradación es, en suma, aceptar la multiplicidad proteica, sucia y asquerosa o, como dice en el *Parménides* (130c5), *ridícula*. Así resulta *casi* necesario aceptar la gradación para acechar lo puro y vislumbrar lo singular.

Cuando, sin embargo, lo singular es concebido como “una aspiración que irrumpe contra nuestra cotidianidad, que exige todo de nuestra naturaleza superior, incluyendo, por supuesto, una asimilación a ese objeto en todo lo posible” (2011, 50), parece contravenir una cierta noción –intuitiva– de lo que lo singular es. La singularidad no parece referirse a las cosas sensibles, a estas cosas. No tiene el carácter deíctico, sino uno inasible, por el cual precisamente remite a algo puro, simple y absoluto. De hecho, las referencias bajo las cuales esa singularidad aparece como algo simple y absoluto (*παντελῶς*, Fallas, 2011, 64-66), al punto que por momentos es más fácil entender que aquello puro y acechado sea más bien *absoluto* que *singular*, y que su carácter singular sea precisamente una derivación o una extensión de su *absolutez*.

Las formas, mientras están encarnadas, se confunden en la inmundicia de la materia y la apariencia, no pueden ser consideradas de la misma manera. Tal vez las cosas sensibles sean singulares en cuanto deriven ese atributo de las formas –y acaso en este sentido lo singular no sea número de nada propiamente, sino solo accidentalmente en cuanto lo *idiota* no tiene nada en común con otro-. Se puede formular el problema, y entonces preguntarse qué es lo cotidiano. La inversión no debería tener sentido, pero muestra que a la vez eso cotidiano es un referente del cual

no se discute, que está como dado y que a la vez su sentido básico se resume en los caracteres de lo sensible.

No es anodino llamar a la forma singular. Se percibe más fácilmente en qué sentido es simple o cómo es pura. ¡Pero que sea llamada singular *antes* que absoluta! En sentidos diferentes, a la forma remite por una parte la universalidad y por otra la singularidad. Esto es como si a lo sensible le hubiese sido arrebatado una manera de expresarse en los términos del género y del individuo. Pero dejarlo como referente, como algo dado, ¿no es dar un aspecto de absolutez? Lo singular es una irrupción en la cotidianidad, en contra de ella. Así, expresado se ve el carácter iniciático que posee la filosofía y el de esta invitación, porque subraya aquello que no vemos fácilmente, no lo común, no lo relativo, sino aquello que en la cosa sensible ha de expresarse como arrebatado y la deja en su materia desnuda. Mientras la identidad remita a la identidad, mientras la forma remita a la forma (pureza), esta se conserva intacta. Es ese *en contra de nuestra cotidianidad* que deja de lado a lo que no es puro, y en ese mismo gesto arriesga la lectura política. Cuando lo singular irrumpe en lo cotidiano, parece pervertirse, no porque se encarne o porque lo sensible sea la carne de las formas, sino porque lo sensible se convierte en una referencia opaca.

La lectura gradualista, que conduce a dejar en la penumbra los problemas epistemológicos para resolver los políticos y poder administrar la inmundicia, se inserta aquí en la fractura con una noción *común* de lo singular en contra de lo cotidiano. Sobre esta fractura se insiste menos en *Al acecho de lo puro*. Por ello, parece un juego donde importa más el juego que los resultados. El juego está bien desarrollado, mas nos deja en el umbral del santuario: se señala a un lado y a otro, se indica nada más.